EL DOMINGO, DIA DEL SEÑOR

por CASIANO FLORISTAN

En la Constitución sobre la Sagrada Liturgia que nos ha ofrecido, como extraordinaria primicia, el Vaticano II, se habla también, como es lógico, del domnigo. El n. 106 explica el significado del Día del Señor. Podemos afirmar, con verdadera satisfacción, que no han sido olvidados ninguno de los elementos esenciales que constituyen la entraña del domingo cristiano. Veamos el texto conciliar:

«La Iglesia, por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el Misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón "día del Señor" o domingo. En este día, los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando de la Eucaristía, recuerden la Pasión, la Resurrección y la gloria del Señor Jesús, y den gracias a Dios que los "hizo renacer a la viva esperanza por la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos" (I Ped. 1, 3). Por esto, el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo. No se le antepongan otras solemnidades, a no ser que sean, de veras, de suma importancia, puesto que el domingo es el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico» (núm. 106).

Con objeto de proceder con orden en el estudio de este tema, vamos a examinar el desarrollo que el domingo ha tenido en la historia de salvación.

I.—EL SABADO JUDIO

1. La semana.

La división septenaria cristiana tiene su antecedente en la semana judía que acababa con el sábado, día séptimo y día de descanso. A su vez el sábado judío hunde sus raíces en las religiones y culturas premosaicas.

Para los pueblos primitivos han sido el sol y la luna los astros orientadores de su propia vida y de todos sus ritmos temporales. Según la intensidad de la luz y del calor, así han nacido los períodos religiosos de tiempo llamados fiestas. Para el hombre primitivo todo lo que sabe y ha heredado, tanto se trate de los procedimientos y técnicas de trabajo, como del modo de celebrar los descansos, procede de la divinidad. Claro está, la naturaleza sacralizada ha sido la primera maestra de los mortales.

El día es el ritmo natural más corto: es el espacio de tiempo que va desde una medianoche a otra pasando por un mediodía. Y el año es el ritmo natural más largo: se trata de un tiempo que va de un solsticio a otro. Parece ser que la medida de los días que tiene el año fue lograda con cierta aproximación por los egipcios, al observar el intervalo de tiempo que mediaba entre una inundación del Nilo y la siguiente.

Como el intervalo anual era para el primitivo excesivamente largo y no fácil de descubrir, se encontró un ritmo menor. Según la fuerza vital del sol, se llegó a una división de estaciones que celebraban la siembra, el crecimiento y la recogida de las cosechas; se añadió una cuarta dedicada a la muerte. Así nacieron en Roma las «feriae sementivae» (noviembre-diciembre), las «feriae messis» (junio y agosto) y las «feriae vindeminales» (septiembre).

El nómada reguló su vida mucho antes que el labrador con el ritmo lunar. El periodo de 28 ó 29 días que va de una luna llena a otra, fue dividido en cuatro fases, según las cuatro posiciones que tiene la luna. Así se llegó a la semana de siete días. La historia mensual de la luna que nace, crece, decrece y muere es lo suficientemente trágica para que impresione los sentidos del primitivo.

La noche tiene la virtud de absorber el excedente de fatiga del día. Sin embargo, pronto se llegó a descubrir el día séptimo, para que recogiese la fatiga de la semana, ya que las fiestas anuales o de las estaciones —relacionadas con las cosechas— no eran suficientes para dar el equilibrio físico y espiritual al hombre trabajador.

Todos estos ritmos, inspirados en la naturaleza, tienen como finalidad religiosa crear unos días sagrados, necesarios para mantener el equilibrio físico, psíquico y religioso de la comunidad. De todos ellos ha perdurado hasta nuestros días la semana, con un día final religioso de descanso. A su fundamento natural, basado en el ritmo lunar, se ha añadido el cálculo humano. Por eso podemos decir que la semana es un ciclo cultural. No olvidemos que para el primitivo la luna es la que fructifica toda la fecundidad; es una divinidad femenina, que hace germinar cíclicamente, mensualmente, a la mujer. En los períodos lunares entran en juego temas como el de la fecundidad, la regeneración periódica, el intercambio de luz y tinieblas, etc. La división del mes en cuatro semanas

tiene su origen en esta concepción mítica lunar, ya que el número cuatro es femenino, así como el tres es masculino. De ahí que la semana esté relacionada —como todo lo lunar— con la psicología de la mujer, a cuyo cuidado siempre se puso la fecundidad y la salud de los hombres. Tanto la psicología del inconsciente como la historia de la simbólica religiosa en las distintas religiones llegan a estos mismos resultados [1].

2. Institucion del sabado: el descanso.

a) *Los días nefastos.* — A pesar de las investigaciones que se han hecho del origen de la semana, todavía no se sabe con seguridad si procede del mundo índico-iránico o del ambiente sumerio-babilónico. Cierto es que la semana tiene su origen en un pueblo con una religión lunar, la cual existía en Ur de Caldea, entre los sumerios, de donde partió Abraham respondiendo a la llamada de Dios (Gn. 12) [2].

Entre los egipcios primitivos se celebraban sacrificios religiosos en el día de la nueva luna, como señal del triunfo de la luz sobre las tinieblas. En otros muchos pueblos las fiestas lunares fueron guardadas cada 7 días. Eran los «dies nefasti».

En estos días nefastos existían prescripciones rigurosas que cumplir; estaba prohibido salir de casa después de la caída del sol o comer determinados alimentos; a veces cesaba todo trabajo. En Ur, centro cultual de los sumerios, las dos fechas más importantes del mes eran la luna llena (*sabattum*) y el día de desaparición de dicho satélite (*bubbulum*). Ambos días eran celebrados con ayunos, oraciones y ritos especiales. Así se llegaron a precisar los días favorables (*semu*) o nefastos (*limnu*), dependientes de las fases de la luna. En los días nefastos cesaba la actividad de los asiro-babilonios. Es muy posible que la celebración del *sabattum* influyese en el origen del descanso sabático de los primitivos hebreos. En el calendario asirio de Harran eran días de descanso los correspondientes a la luna nueva y a la luna llena, así como las fechas 17 y 28 de cada mes [3]. Y en el calendario religioso de Asurbanipal eran días de descanso el 1, 7, 9, 14, 19, 21, 28, 29 y 30 de cada mes. Más tarde, por influencia

---

1. Cf. C. Hentze, *Mythes et symboles lunaires*, Antwerpen 1932; W. Koppers, *Der Urmensch und sein Weltbild*, Viena 1949; W. Schulz, *Zeitrechnung und Weltordnung in ihren übereinstimmenden Grundzügen*, Leipzig 1924 (Mannus-Bibliothek, Nr. 35); R. Briffaut, *The Mothers*, Londres 1927.

2. Cf. M. Eliade, *Tratado de historia de las Religiones*, Madrid 1954, cap. IV; H. Rahner, *Das christliche Mysterium von Sonne und Mond*, Eranos Jahrbuch, 10 (1944), 305-404; K. Th. Preuss, *Das Problem der Mondmythologie im Lichte der lokalen Spezialforschung*, Archiv für Religionswissenschaft, 23 (1925), 1-14; R. Much, *Mondmythologie und Wissenschaft*, Archif für Religionswissenschaft, 38 (1942) 231-261.

3. E. Dhorme, *La religion de Babylonie et d'Assyrie*, Paris 1949; J. Bottero, *La religion babylonienne*, Paris 1952.

del calendario solar de doce meses de 30 días, y a causa del predominio que tuvo el número 7 como número mágico, se llegó a la semana de siete días. Indudablemente, aunque el origen de la semana es lunar, también influyeron en su organización cálculos humanos derivados de la simbólica mágica y de las necesidades psicosomáticas en torno al trabajo y al descanso del hombre.

La palabra bíblica *sabbath* procede de la palabra babilónica *sapattu*, que puede significar dos cosas: «cesar» o «siete». En cuanto día de luna llena era la fecha final de un tiempo de trabajo; y en cuanto derivado del número era sinónimo de un día tabú (el 7, 14, 21 y 28).

Es evidente que los hebreos guardaban el sábado antes de Moisés. Así lo asegura el libro de los Jubileos, escrito en tiempos de Jesucristo. Indudablemente Abraham conoció el *sapattu* babilónico, que tiene una cierta semejanza con el sábado bíblico.

Para algunos, como Meinhold, el sábado era un día festivo de la diosa luna, de origen semítico, que Ezequiel transformó en fiesta de Yavé [4]. Otros creen que proviene de Babilonia a través de los cananeos [5]. Sin embargo, el carácter de este día festivo entre los babilonios era penitencial y triste, no alegre como entre los hebreos. Por último, no faltan quienes opinan que el sábado hebreo fue una importación de Moisés de los madianitas, ya que el caudillo de Israel estuvo casado con la hija de un sacerdote madianita [6].

Antes de que el descanso sabático se formulase en el Decálogo (Ex. 20, 8; Dt. 5, 12) ya existía. Los nómadas se orientaban más por la luna que por el sol y ya habían llegado a la conclusión de dividir la fase total de la luna en dos partes (luna llena y nueva luna), de donde provino la semana de siete días. Naturalmente, al judaizar Moisés los elementos religiosos existentes, se dio al sábado un significado nuevo. No es extraño que las fases de la luna, astro creado por Yavé, regulasen las fiestas del pueblo, ni que en la semana judía entrase otro elemento básico: el número siete, que tiene gran relieve en la Escritura. Así podemos observar el número 7 en la venganza de Caín (Gn. 4, 24), en la entrada de los animales en el Arca (Gn. 7, 2), en las postraciones de Jacob ante Esaú (Gn. 33, 3), en los estornudos del niño resucitado por Eliseo (II Rey 4, 35), en la orden de Elías a su criado (I Rey 18 43), en las trenzas de Salomón (Juec. 16, 19) y en multitud de prescripciones legales (Cf. Ex., Lev. y Num.).

---

4. J. MEINHOLD, *Sabbat und Woche im AT*, Göttingen 1905; *Sabbat und Sonntag*, Göttingen 1909; *Die Entshehung des Sabbats*, Zeitsch. f. Altt. Wiss., 29 (1909) 113-129.
5. F. DELITZSCH, *Babel und Bibel*, 1905[5]; O. EISSFELDT, *Feste und Feiern im AT*, Rel Gesch. Gegenw, II, 552-554.
6. B. D. EERDMANS, *Der Sabbath*, BZAW 41 (1925) 79-83; K. BUDDE, *Sabbath and the Week*, JTh St. 30 (1928) 1-15; *Antwort auf J. Meinholds zur Sabbathfrage*, ZaW 48 (1930) 138-146.

Del ataque que los profetas hicieron del sábado no se puede concluir que dicha fiesta, por ser totalmente pagana, no hubiese sido judaizada hasta después del Exilio, ya que también los profetas protestaron de la oración y del culto. En tres pasajes al menos (Am. 8, 5; Os. 2, 13; Is. 1, 13) de antes del Exilio, los profetas aceptan el sábado. Estos hombres de Dios no van contra las instituciones, sino contra la guarda exterior de las mismas sin piedad interior.

El texto bíblico más antiguo sobre el sábado es el relativo al milagro del maná durante la peregrinación por el desierto (Ex. 16, 22-30). Moisés lo prescribe de esta manera:

«Comed eso hoy, que es sábado, y hoy no lo habrá en el campo. Recogeréis seis días; el séptimo, el sábado, no lo hallaréis. Al séptimo día salieron algunos del pueblo a recoger, pero no lo había» (Ex. 16, 25-27).

El sábado es un día de descanso porque cesa de caer el maná. De esta forma, el sábado conmemora un suceso de la historia de salvación más que un acontecimiento natural cíclico. No está, sin embargo, claro si la institución del sábado la hizo Moisés en este momento o si existía ya.

b) *Día de la libertad.* — El pueblo judío, a la salida de Egipto, obtuvo su libertad. Es muy posible que pasasen los hebreos de un calendario mensual en Egipto a un ritmo festivo semanal en el desierto. Para poder cesar el trabajo hay que ser libre. La prescripción del sábado, que se halla en todas las colecciones jurídicas del Pentateuco, es fundamentada de diversas maneras [7].

Según el Código de la Alianza el sábado es un día dedicado al descanso físico con un sentido social [8].

«Seis días trabajarás, y descansarás a séptimo, para que descansen también tu buey y tu asno y se recobre el hijo de tu esclava y el extranjero» (Ex. 23, 12).

Descansa el esclavo como el libre y la bestia como el hombre. No se trata, pues, simplemente de cesar el trabajo para reparar las fuerzas físicas, sino de manifestar que en el día de Yavé todos los hombres son iguales y libres.

---

7. El sábado se encuentra en dos recensiones distintas del Decálogo (Ex. 20, 8-11; Dt. 5, 12-16), en el Código de la Alianza (Ex. 23, 12), en la ley de la santidad (Lev. 19, 3; 23, 3; 26, 2) y en el Código Sacerdotal (Ex. 31, 13-17; 35, 1-3; Num. 28, 9 ss.). Cf. también Gn. 2, 2 ss.; Ex. 16, 5, 22-30; Num. 15, 32-36. La redacción de Ex. 20, 11 (y sus lugares paralelos Gn. 2, 2 ss.; Ex. 31, 13-17 y Ez. 20, 12-20) es *sacerdotal*, y la del texto de Dt. 5, 14-15 (así como Ex. 23, 12) es *deuteronómica*. Cf. E. JENNI, *Die theologische Begründung des Sabbatgebotes im Alten Testament*, Zürich 1956.

8. H. CAZELLES, *Etudes sur le Code de l'Alliance*, Paris 1946.

Por eso el sábado advierte a los israelitas, según el Decálogo, la prohibición de realizar cualquier trabajo que recuerde la esclavitud de Egipto:

«Guarda el sábado para santificarlo, como te lo ha mandado Yavé, tu Dios. Seis días trabajarás y harás tus obras, pero el séptimo es sábado de Yavé, tu Dios. No harás en él trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ninguna de tus bestias, ni el extranjero que está dentro de tus puertas; para que tu siervo y tu sierva descansen, como descansas tú. Acuérdate de que fuiste siervo en la tierra de Egipto, y de que Yavé, tu Dios, te sacó de allí con mano fuerte y brazo tendido; y por eso Yavé, tu Dios, te manda guardar el sábado» (Dt. 5, 12-15).

3. SIMBOLICA DEL SABADO: EL DIA SEPTIMO.

Ya vimos la importancia que la Biblia da al número siete. Una vez estatuida la semana por los pueblos primitivos, Israel la acepta y le da un carácter místico, divino. Participa, como la alianza, de la que es signo, de la santidad de Dios.

Según la legislación sacerdotal (Lev. 19, 3; 23, 3; 26, 2), el sábado es un día cultual, es decir un día de asamblea. Es lógico que del descanso sabático, de su sentido social y de su significación como día que recuerda la liberación de la esclavitud, se pasase al sentido litúrgico de la comunidad:

«Seis días trabajarás, pero el séptimo, que es sábado, es santo, día de descanso y de santa asamblea. No haréis en él trabajo alguno. Es el descanso consagrado a Yavé, dondequiera que habitéis» (Lev. 23, 3).

a) *Imitación de la vida de Dios.* — En el sábado el hebreo imita, como en ningún otro día, la vida de Dios. Es, pues, un signo de participación de vida divina:

«En seis días hizo Yavé los cielos y la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene, y el séptimo descansó, por eso bendijo Yavé el día del sábado y lo santificó» (Ex. 20, 11).

El pueblo elegido no hace sino copiar la vida de Dios:

«Y rematada en el día sexto toda la obra que había hecho, descansó Dios el séptimo día de cuanto hiciera; y bendijo el día séptimo y lo santificó, porque en él descansó Dios de cuanto había creado y hecho» (Gn. 2, 2-3).

El sábado es día santo; pertenece a Yavé y no al trabajo humano (Ex. 20, 8-11; 31, 12-17; Lev. 23, 3; 26, 2), ya que el trabajo lo desacraliza.

b) *Signo escatológico del mundo futuro.* — Antes del exilio, el sábado judío fue un día de descanso al mismo tiempo que un día dedicado al

servicio cultual, con un carácter alegremente festivo. Durante el exilio (586-539 a. d. J.C.), la santificación del sábado fue el centro de la piedad hebrea. El sábado era el signo de la alianza entre Dios y su pueblo y la garantía de una mejor alianza futura.

Ezequiel, el gran jefe del exilo, procuró mantener limpia la santificación del sábado (Ez. 22, 8, 26; 20, 12-26; 23, 38; 44, 24). Protestó de las profanaciones de los sábados y acentuó el valor significativo del día dedicado a Yavé:

«Díles también mis sábados, para que fuesen señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Yavé, que los santifico. Pero rebelóse contra mí la casa de Israel en el desierto... y profanaron mis sábados» (Ez. 20, 12-73).

Palabras parecidas tiene Isaías sobre la prescripción del sábado. La preocupación moral y espiritual de los profetas va más lejos que la mera guarda de las prescripciones rituales (Is. 58, 13). Incluso anuncian que recibirán un lugar en la nueva Sión todos aquellos que guarden de verdad el sábado:

«Porque así dice Yavé a los eunucos que guardan mis sábados y eligen lo que me es grato y son fieles a mi pacto. Yo os daré en mi casa, dentro de mis muros, poder y nombre... Y a los extranjeros allegados a Yavé para servirle y amar su nombre, para ser sus servidores, que guarden el sábado sin profanarlo y sean fieles a mi pacto, yo los llevaré al monte de mi santidad y los recrearé en mi casa de oración» (Ez. 56, 4-7).

En los tiempos mesiánicos «de novilunio en novilunio, de sábado en sábado, vendrá toda carne a prosternarse ante mí, Dice Yavé» (Is. 66, 23) [9].

II.—DEL SABADO AL DOMINGO

El fundamento teológico del sábado judío no se basa en el descanso sino en la alianza. Yavé, Señor del trabajo y del tiempo, es el que libró a Israel de Egipto y el que pactó con el pueblo elegido. Como signos de esta alianza se conservarán en el pueblo judío fundamentalmente dos: el sábado y la circuncisión. Esta es la aclaración que dan los textos bíblicos, tanto los sacerdotales como los deuteronómicos. Según los primeros (Gn. 2, 2 ss.; Ex. 20, 11 y 31, 17) el sábado es la meta de toda la creación

9. W. Kornfeld, *Der Sabbath im Alten Testament*, en *Der Tag des Herrn* Viena 1958, 11-31; G. J. Botterweck, *Der Sabbat im Alten Testament*, Theol. Quart. 134 (1954) 134-147; 448-457; B. Celada, *Dos importantes investigaciones acerca de la semana y el sábado*, Sefarad 12 (1952) 31-58; R. North, *The Derivation of Sabbath*, Biblica 36 (1955) 182-201; Th. Maertens, *C'est fête en l'honneur de Jahvé*, Brujas 1961, pp. 128-164.

y según los segundos (Dt. 5, 14-15; Ex. 23, 12) es el día que recuerda y actualiza la liberación de la esclavitud. Si aceptamos que la creación es un capítulo de la historia de salvación, llegaremos a la conclusión de que el sábado judío no está tanto en relación con los fenómenos cíclicos de la naturaleza (fases de la luna o días tabús), cuanto en consonancia con los acontecimientos de la historia salvífica. El descanso sabático no es otra cosa sino una necesidad de cesar el trabajo para dedicarse el hebreo piadoso al culto. En definitiva, el sábado es el *signo* comunitario entre Dios y la humanidad.

Los textos deuteronómicos examinan el sábado desde el ángulo del pueblo que acepta la alianza; por eso fijan más su atención en el descanso y la liberación. Los textos sacerdotales consideran el sábado desde el Dios que concede la alianza; de ahí que se orienten más hacia el culto. Sin duda alguna, el sábado es el memorial de la obra creadora y re-creadora o liberadora.

Con todo, el sábado no es sino una figura, como todos los hechos, instituciones y personajes del A.T. Cristo es el espíritu del sábado como lo es de toda la antigua alianza (II Cor. 3, 17). Así lo advierte San Pablo:

«Que ninguno, pues, os juzgue por la comida o la bebida, por las fiestas, los novilunios o los sábados, sombra de lo futuro, cuya realidad es Cristo» (Col. 2, 16).

El sábado comenzaba el viernes a la tarde, cuando en el firmamento se hacían visibles tres estrellas. Tres sonidos de trompetas marcaban el fin del trabajo en el campo, en la ciudad y el alumbramiento de las lámparas. Cesaba, con el anuncio de un nuevo sonido de trompeta, a la caída del sol. Se hizo necesario prescribir el descanso de los cuerpos para que se diese lugar al verdadero trabajo de las almas en la oración. La prohibición de todo trabajo fue absoluta. El rigor de esta legislación aumentó con el tiempo cuanto más decayó el sentido espiritual del significado sabático. A los preceptos divinos, simples y profundos, se superponen las decisiones humanas, extensas y superficiales. En la época del exilio se creó la necesidad de la Sinagoga, con el objeto de favorecer una reunión sagrada basada en la lectura de la Escritura y en la oración [10]. Recordemos la presencia destacada de Cristo en una de estas reuniones (Lc. 4, 16 ss.), a las que asistía «según su costumbre».

El sábado era para el judío un día alegre de fiesta. Esto se visibilizaba con el vestido nuevo de tela blanca y buena mesa, a la que se invitaba a los huéspedes con generosidad (Cf. Lc. 14, 1).

---

10. *La Mishnah* conserva la descripción de estas reuniones en las sinagogas palestinianas después del Exilio. Cf. MEGILLOT, III y IV. Ver L. LELOIR, *Le Sabbat judaïque, préfiguration du dimanche*, La Maison-Dieu 9 (1947) 38-51.

A partir del exilio se introdujo en el descanso sabático un formalismo estrecho y tiránico. Esto puede verse en los textos veterotestamentarios más recientes y en los escritos judíos extrabíblicos [11]. En tiempo de los Macabeos, hay judíos que prefieren morir a manos de los enemigos por no quebrantar el sábado con su propia defensa (I Mac. 2, 34-38; II Mac. 6, 11; 15, 1 ss.).

Los rabinos posteriores determinan minuciosamente 39 clases de trabajos prohibidos en sábado. Precisamente este tema era el que provocaba más discusiones entre los mismos [12]. El día de la liberación se había convertido en día de esclavitud; en lugar de dirigir los corazones a Dios estaban las mentes preocupadas por las minuciosidades leguleyas, y en vez de servir en ese día a la caridad común se prohibía cualquier asistencia mutua.

1. CRISTO ES EL VERDADERO "DESCANSO".

Con la venida histórica de Cristo al mundo se inaugura el Reino de Dios, cuya preparación había sido hecha en el Antiguo Testamento. De todas las instituciones del judaísmo en tiempo de Jesús, las fundamentales son el sábado y la circuncisión. El sábado es un signo de liberación y de participación en el descanso del Creador. Es el día de la celebración del Creador y del Redentor. Sin embargo, era necesario que Cristo viniese para que se diera al sábado la plenitud de su significación. Según los profetas, la guarda del sábado condicionaba la realización de las promesas escatológicas (Jer. 17, 12-27; Is. 58, 13 ss.).

Jesús y los Apóstoles frecuentan la sinagoga el día del sábado (Mc. 1, 21.39; 6, 2; Lc. 4, 16 ss.; 13, 10; Jn. 6, 59; Act. 13, 14 ss.; 13, 42.44; 16, 13; 17, 1-4).

Es natural que Cristo decida rescatar el tiempo sagrado de Dios, como decide iluminar el sentido del Templo. De ahí las polémicas con los escribas y fariseos. Los conflictos surgen porque Jesús y sus discípulos no respetan algunas prohibiciones sabáticas, como la de no comer espigas en dicho día (Mt. 12, 1-8), no transportar una camilla (Jn. 5, 8 ss.), o simplemente no poder curar a los enfermos (Jn. 9, 13 ss.).

En sábado opera Jesús algunos de sus grandes signos milagrosos. Tal es el caso de las curaciones del hombre de la mano seca (Mt. 12, 9-14), de la mujer encorvada (Lc. 13, 10-17), del hidrópico (Lc. 14, 1-6), del

11. Cf. Jubil. 1, 29; 2, 25-32; 50, 6-13.

12. Cf. H. STRACK y P. BILLERBECK, *Kommentar zum N. T. aus Talmud und Midrasch*, t. I, p. 617 ss. En tiempos de Cristo dos escuelas rivales interpretaban de diferente manera el sábado: los Schammaitas y los Hillelitas. Los escritos rabínicos hablaban ya del «yugo de la Thorah». Cf. R. DE VAUX, *Les institutions de l'Ancien Testament*, II.

paralítico de la piscina (Jn. 5, 1-18) y del ciego de nacimiento (Jn. 9, 1-41).

Jesucristo está en contra del rigorismo formalista de los fariseos:

«El sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. Y dueño del sábado es el Hijo del hombre» (Mc. 1, 27-28).

Los jefes de la sinagoga habían invertido el orden de las cosas cuando advertían: «Hay seis días en los cuales se puede trabajar; en éstos venid y curaos, y no en día de sábado» (Lc. 13, 14). Por eso era necesario que Jesús diese un nuevo y pleno significado de salud al día consagrado a Dios (Lc. 13, 15-17). En la plenitud de los tiempos, y precisamente en día de sábado, llega la curación, la salud. El trabajo sabático de Cristo es una continuación del trabajo del Padre.

«Los judíos perseguían a Jesús por haber hecho esto en sábado (curación del paralítico); pero El les respondió: Mi Padre sigue obrando todavía, y por eso obro yo también» (Jn. 5, 16-17).

Las obras milagrosas de Cristo, cumplimiento de los sacramentos de la Antigua Alianza, son los signos anticipativos de los sacramentos de la Nueva Ley:

«Respondió Jesús y les dijo: Una obra he hecho, y todos os maravilláis: Moisés os dio la circuncisión —no que proceda de Moisés, sino de los padres—, y vosotros circuncidáis a un hombre en sábado. Si un hombre recibe la circuncisión en sábado para que no quede incumplida la ley de Moisés, ¿por qué os irritáis contra mí porque he curado del todo a un hombre en sábado?» (Jn. 7, 21-23).

La nueva interpretación que hizo Jesús del sábado y el abandono de dicha institución por la Iglesia primitiva supuso una ruptura total con la Sinagoga. Aunque los discípulos de Jesús observaron al principio el sábado (Mt. 28, 1; Mc. 15, 42; 16, 1; Jn. 19, 42) y aprovecharon las reuniones sabáticas para anunciar el evangelio en medio judío (Act. 13, 14; 16, 13; 17, 2; 18, 4) sin embargo, terminaron por romper con las ataduras de la ley hebrea, ya que habían llegado al nuevo estadio de libertad y de gracia.

San Pablo se hace eco, en sus cartas, de la tensión entre un cristianismo excesivamente judaizante y un cristianismo liberador. Los signos de pertenencia al pueblo judío, como la circuncisión y el sábado, son «pobres elementos» (Gal. 4, 9) ya caducos, a los que un cristiano no puede someterse, ya que sería volver a la servidumbre (cf. Gal. 4, 8-11). Esto equivaldría a volver a «filosofías falaces y vanas, fundadas en tradiciones humanas, en los elementos del mundo y no en Cristo» (Col. 2, 8). El cristiano fue circuncidado «con una circuncisión no de manos de

hombre, ni por la amputación de la carne, sino con la circuncisión de Cristo» (Col. 2, 11). Asimismo podemos decir que el cristiano no descansa en el día del sábado, sino en «el Hijo del Hombre, Señor del sábado» (Mt. 12, 8), que inaugura los últimos tiempos con el domingo como los primeros los inauguró el Padre con el sábado. Así lo muestra el autor de la epístola a los Hebreos:

«Queda otro descanso para el pueblo de Dios. Y el que ha entrado en su descanso, también descansa de sus obras, como Dios descansó de las suyas. Démonos prisa, pues, a entrar en ese descanso» (Heb. 4, 9-11).

«Todo lo que se ha escrito del sábado, dice Tertuliano, debemos recibirlo y conservarlo espiritualmente. Sábado, en efecto, significa descanso. Porque en realidad, nuestro verdadero sábado, que ya lo poseemos, es nuestro Salvador Jesucristo» [13].

2. EL TIEMPO CRISTIANO ES EL VERDADERO SEPTIMO DIA.

En el año que murió Jesús la Pascua caía en sábado. Por eso fue dicho sábado un día solemne. Y Jesucristo expiró la víspera del sábado (Mc. 15, 42). «Era día de la Parasceve y estaba para comenzar el sábado» (Lc. 24, 54).

Al morir, Cristo descansó de su obra redentora y comenzó el descanso sabático, como había comenzado el primer sábado al terminar el Padre su obra creadora. Pero el día judío de descanso, creado por el hombre, aunque aceptado por Dios, no era el día definitivo, sino la preparación de otro día. Ciertamente el sábado era el signo de una alianza liberadora y de una comunicación de vida divina. El domingo es el nuevo signo que sacramentaliza el misterio de la celebración pascual de Cristo, al mismo tiempo que confiere los plenos poderes de restauración mesiánica.

La historia del Antiguo Testamento y del sábado, una de sus más santas instituciones, muere con la muerte de Cristo, ya que comienza el verdadero «séptimo día» del mundo futuro, la auténtica liberación del pueblo de Dios.

Estaba el sábado judío demasiado ligado a unos valores sociológicos y jurídicos; era necesario que el Señor eligiese para su resurrección su Día, con un valor esencialmente teologal [14].

---

13. Adv. jud. VI.

14. Cf. Y.-B. TREMEL, *Du sabbat au jour du Seigneur*, Lumière et Vie 58 (1962) 29-49; J. BAUER, *Vom Sabbat zum Sonntag*, en *Der christliche Sonntag*, Viena 1956, 170-175; H.-M. FERET, *Les sources bibliques du dimanche*, en *Le Jour du Seigneur*, Paris 1948, pp. 39-104.

III.—EL DOMINGO CRISTIANO

1. FUNDAMENTOS TEOLOGICOS.

A) *El Día del Señor.*

El domingo, dice la Constitución de Liturgia, «es llamado con razón día del Señor» (núm. 106). Y esto se basa en «una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo» (Ibid.).

a) *El domingo es el primer día respecto de la semana judía.* — Es difícil precisar cuándo la comunidad cristiana dejó de celebrar el sábado para conmemorar el domingo. Sí es evidente que la Iglesia primitiva, antes ya de la misión de San Pablo, celebró el día del Señor con el recuerdo eucarístico de la Resurrección. A la esencia primitiva del domingo no perteneció en absoluto la idea del descanso. Los primeros cristianos descansaban en sábado, como los judíos, aunque celebraban cultualmente el domingo [15].

Los cuatro evangelistas (Mt. 28, 1; Mc. 16, 9; Lc. 24, 1, y Jn. 20, 1) están de acuerdo en señalar que la resurrección de Jesús se operó en el «primer día de la semana» o «primer día después del sábado» (mia sabbaton). En este día son señaladas las apariciones pascuales del Resucitado. Por la mañana las mujeres van al monumento y conocen la buena nueva de la Resurrección (Mc. 16, 2; Mt. 28, 1; Lc. 24, 1; Jn. 20, 1). San Juan, al hablar de la aparición de Jesús a los apóstoles, estando Tomás ausente, precisa que ocurrió «el primer día después del sábado» (Jn. 20, 19). Otro tanto puede decirse de la aparición a Pedro (Lc. 24, 34) y a los discípulos de Emaús (Lc. 24, 13). «Pasados ocho días» afirma Juan (20, 26) se presentó Jesús estando Tomás con ellos; es decir, esto ocurrió en el primer día de la semana. Incluso la última aparición a los discípulos en el lago de Tiberíades sucedió en el mismo día, ya que el anterior estuvieron sin hacer nada, lo cual supone que fue un sábado (Jn. 21, 3-14).

El día de la resurrección de Cristo, celebrado cada semana, es el día de la fracción del pan. Dos pasajes del nuevo Testamento relatan las reuniones cristianas en ese día. Esto sucede con Pablo en Troas (Act. 20, 7) y en Corintio (I Cor. 16, 2). A la enseñanza de las Escrituras se une la fracción del pan. Precisamente estos dos elementos son los esenciales de la comunidad de Jerusalén (Act. 2, 42-47).

---

15. Cf. H. DUMAINE, *Dimanche*, Dict. d'arch. chrit. et de Lit., IV (1920) 858-994. J. M. NIELEN, *Das Zeichen des Herrn. Sabbat und Sonntag in biblischer und urchristlicher Bezeugung*, Friburgo Br., 1940.

Al principio, los discípulos de Cristo asisten a las reuniones sabáticas de la Sinagoga, en las que después de la lectura de la Ley sigue la lectura del Profeta con una homilía (Lc. 4, 16 ss.; Act. 13, 14-15; 17, 1-3). La reunión propiamente cristiana que se tiene en el domingo es la fracción del pan. Más tarde, cuando los cristianos son expulsados de la Sinagoga, celebran «el culto del Señor» (Act. 13, 2) en la noche del sábado al domingo (Act. 20, 11), mediante las enseñanzas del Antiguo Testamento, iluminadas por las palabras apostólicas, y con el banquete sagrado cristiano.

El nuevo nombre *Día del Señor* es atestiguado por primera vez en el Apocalipsis (1, 10) hacia final del primer siglo. Nace entre las comunidades cristianas del Asia Menor. No solamente se vivía en ese día la alegría de la Resurrección, mediante los signos eucarísticos del Resucitado, sino que se acentuaba la esperanza de la vuelta del Señor.

Es muy posible que la Ascensión de Cristo fuese en domingo, ya que la cifra de la cuarentena, como tiempo bíblico de preparación, era simbólica (cf. Lc. 24, 50-51). Es evidente que el Pentecostés cristiano ocurrió en domingo (Act. 2, 1-4), así como la última aparición que tuvo San Juan en la isla de Patmos (Apoc. 1, 10).

Cristo, después de ser reconocido en sus apariciones, desaparece. Manifiesta con esto que su permanencia en la comunidad se hará con los nuevos signos cristianos: caritativos (caso de la Magdalena) o sacramentales (caso de los discípulos de Emaús). El domingo será el día cristiano del ejercicio de los poderes mesiánicos (bautismo, perdón, eucaristía, misión, etc.), entregados a la comunidad jerárquicamente ordenada. Es, pues, el día de la presencia misteriosa del Señor. No es un día, como el sábado, que el hombre consagra y santifica, sino el día que Cristo elige para venir y cumplir la totalidad de la obra futura [16].

Del primer día de la semana se pasó, pues, a señalar al domingo como día del Señor, *dies dominica*. A partir del s. III se llamó también «día de la Resurrección» [17].

San Ignacio Mártir († 110) refleja así la concepción del domingo:

> «Los que se habían criado en el antiguo orden de cosas vinieron a la novedad de esperanza, no guardando ya el sábado, sino viviendo según el domingo, día en que también amaneció nuestra vida por gracia del Señor y mérito de su muerte» [18].

---

16. Cf. Th. MAERTENS, *La asamblea festiva del domingo*, en *Asambleas del Señor*, n. 1, *Introd.*, Madrid 1964, pp. 28-43. Y. M. CONGAR, *La théologie du dimanche*, en *Le Jour du Seigneur*, Paris 1948, pp. 131-180; J. C. RUTA, *El domingo. Teología y mística de Día del Señor*, Buenos Aires 1964.

17. TERTULIANO, en *De oratione*, 23 (PL 1 1191) lo llama «día de la Resurrección». Y en el s. IV, Atanasio, Basilio y Eusebio de Cesaréa emplean el término de resurrección. Cf. el trabajo de DUMAINE, o. c., p. 885.

18. S. IGNACIO MARTIR, A los Magnesios, IX, 1. Trad. de D. RUIZ BUENO, en *Padres Apostólicos*, Madrid 1950, p. 464.

Otro tanto se escribe en la carta de Bernabé (15, 9). En última instancia «el día santo del domingo es la anamnesis del Kyrios» [19]. El Seudo-Atanasio escribe así:

«El sábado era el fin de la primera creación; el principio de la segunda es el domingo, día en que Dios ha renovado la antigua. De igual modo que antes se había prescrito observar el día del sábado como memorial del fin de las cosas pasadas, así nosotros celebramos el domingo como comienzo de la segunda creación» [20].

b) *El "día del sol" respecto del calendario pagano.* — El domingo, no sólo tiene su origen del mundo judío sino también del mundo pagano. Los paganos, y en especial los romanos, celebraban el *dies solis* de un modo especial:

Así lo testimonia S. Justino:

«El día que se llama del sol se celebra una reunión de todos los que moran en las ciudades o en los campos... Celebramos esta reunión general el día de sol, por ser el día primero, en que Dios, transformando las tinieblas y la materia, hizo el mundo, y el día también en que Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de entre los muertos; pues es de saber que le crucificaron el día antes del día de Saturno, y al día siguiente de Saturno, que es el día del sol, apareció a sus apóstoles y discípulos y nos enseñó estas mismas doctrinas que nosotros os exponemos para vuestro examen» [21].

Los Padres, para quienes cuenta menos la cronología de los hechos que su significación espiritual y teológica, buscaban la relación de los grandes hechos de la salvación con el domingo. Así San León dice que la creación del mundo sucedió en domingo. Cristo, señalado por Malaquías (4, 2) como «sol de justicia» que se alzará el día de Yavé, es «la luz del mundo» (Jn. 8, 12). De ahí la fácil cristianización de la fiesta pagana del Sol invicto, que tuvo un gran desarrollo en la Roma del s. I, por influjo de la religión de Mitra.

«Todos los días los hizo el Señor. Hay días que pueden ser de los judíos, de los herejes o de los paganos. Pero el día del Señor, Día de la Resurrección, es el día de los cristianos, nuestro día. Se llama el día del Señor porque después de resucitado subió al Padre y reina con El. Si los paganos lo llaman día del sol, nosotros aceptamos de buen grado esta expresión. En ese día resucitó la luz del mundo, brilló el sol de justicia» [22].

En el s. IV, Constantino dedicó al descanso el primer día de la sema-

---

19. EUSBIO DE ALEJ., *Sermón* 16, 1; PG 86, 416 B.
20. SEUDO-ATANASIO, *De Sabbatis et circuncisione*, PG 28, 137-140.
21. S. JUSTINO, *Apologia* 1, cap. 67, 3 y 7.
22. S. JERONIMO, *In die Paschae*, Anec. Mareds. III, 1, 1895. Cf. cita en DOLGER, *Antike und Christentum*, 6 (1941) 237.

na. De una parte los paganos lo veneraban como día del sol y los cristianos como día de la resurrección. El sábado judío quedó entre las «sombras» pasadas que anunciaban la «realidad» futura, que es Cristo (cf. Col. 2, 16 y Gal. 4, 10 ss.), «fin de la ley» (Rom. 10, 4).

c) *Es el "día octavo" respecto del eon futuro.* — Los profetas habían anunciado el Día de Yavé como día de juicio en los tiempos mesiánicos futuros (Is. 13, 9; 2, 12; Joel. 2, 31). El domingo cristiano, a través de los poderes mesiánicos que en ese día se ejercen, como es el anuncio de la Palabra y la celebración del memorial del Señor, es recuerdo de un acontecimiento pasado —la resurrección— y anticipo de otro acontecimiento futuro —la Parusía—. El día del Señor, constitutivo esencial del cristianismo, tiene un sentido escatológico.

Muchos Padres dan al domingo el nombre de «octavo día». Para San Justino «el octavo día, encierra un misterio» [23]; «el primer día es llamado octavo, si se cuenta otra vez después de todos los días de la semana, sin dejar por eso de ser el primero» [24].

Para los Padres, los siete días de la semana son figura del tiempo, como el día octavo es figura de la eternidad. En definitiva, el domingo es la figura del mundo futuro. Así lo expresa la carta de Bernabé:

«No me son aceptos vuestros sábados de ahora, sino el que yo he hecho, aquél en que, haciendo descansar todas las cosas, haré el principio de un día octavo, es decir, el principio de otro mundo» [25].

La perfección simbolizada por el número ocho es de orden trascendente. Significa una realidad final totalmente acabada. Así lo dice bellísimamente San Basilio:

«El primer día de la semana recitamos las oraciones de pie, pero no todos conocen la razón de tal costumbre. En efecto, no es sólo porque hayamos resucitado con Cristo y debamos buscar las cosas celestes por lo que, en el día de la resurrección, recordamos la gracia que nos fue concedida, permaneciendo en pie para orar; sino también, me parece, porque ese día es, de alguna manera, imagen del eón futuro. También por eso, siendo el principio de los días, Moisés no lo llama "primero", sino "uno". Hubo, dice, una tarde y una mañana, un día, como si éste volviera regularmente sobre sí mismo. Por eso, es a la vez uno y *octavo* el día que es realmente uno y verdaderamente octavo, al cual alude el salmista en los títulos de algunos salmos, significando así el estado que sigue a este tiempo, sin sucesión, cesación o vejez. Obedece, pues, a una exigencia el que la Iglesia enseñe a sus hijos a recitar en pie las oraciones de ese día, para que,

---

23. S. JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, 24, 1.
24. Ibid., 41, 4.
25. *Carta de Bernabé*, 15, 8. Ed. Ruiz Bueno, p. 803.

mediante el recuerdo perpetuo de la vida eterna, no descuidemos los medios que a ella conducen» [26].

El domingo es, pues, en este texto capital de San Basilio, «uno» y «octavo»; «uno», porque la vida futura es, a la vez «una», sin sucesión, sin ocaso; «octavo», porque el mundo futuro sucederá al presente, figurado por el septenario [27].

Según Daniélou, la doctrina del octavo día es de origen estrictamente cristiano. «La sustitución del séptimo día por el octavo constituye una expresión simbólica y concreta a la vez de la sustitución del judaismo por el cristianismo... El paso de la religión del séptimo día a la del octavo será símbolo del paso de la Ley al Evangelio» [28]. Para la simbólica bíblica los seis primeros días significan el mundo presente y el séptimo equivaldría al futuro; para la simbólica posterior cristiana, los siete días son imagen del mundo actual y el día octavo el signo del futuro.

B) *"La Iglesia celebra el misterio pascual cada ocho días".*

El domingo es el día de la asamblea cristiana, día de la Palabra y de la Eucaristía. No es esencialmente un día de descanso sino de culto. La relación del día del Señor con la celebración eucarística se funda en una tradición apostólica. En la misma tarde del primer domingo de la historia, Jesús, estando con los discípulos de Emaús «puesto con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio» (Lc. 24, 30).

Ya vimos cómo en el domingo sucedieron las principales apariciones que con frecuencia iban unidas a las comidas pascuales. De ahí que la Iglesia primitiva organizara la celebración eucarística del misterio pascual precisamente en domingo (Act. 20, 7). Así lo formula da Didaché:

«Reunidos cada día del Señor, romped el pan y dad gracias, después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro. Todo aquél, empero, que tenga contienda con su compañero, no se junte con vosotros hasta tanto no se hayan reconciliado, a fin de que no se profane vuestro sacrificio» [29].

---

26. S. BASILIO, *De Spir. Sancto* 27; cf. J. DANIELOU, *Sacramentos y culto según los Santos Padres*, Madrid 1962, sobre todo el cap. XVI.
27. J. DANIELOU, o. c., p. 381.
28. Ibid., p. 369. Sobre la doctrina patrística del domingo ver además: J. DANIELOU, *La doctrina patristique du diamanche*, en *Le Jour du Seigneur*, Paris 1948, pp. 105-130. Ph. ROUILLARD, *Significación del domingo en los Santos Padres*, Asambleas del Señor, n. 1, pp. 44-55; O. ROUSSEAU, *Les pères de l'Eglise et la théologie du temps*, La Maison-Dieu 30 (1952) 36-55.
29. *Didaché*, XIV, 1-2. Trad. Ruiz Bueno, p. 91.

a) *"El domingo es la fiesta primordial".* — El día del Señor es el resumen del cristianismo, ya que contiene todo el misterio pascual del Salvador. No sólo es el día inicial por ser el día en que resucitó Cristo y libró a los hombres de la esclavitud del pecado, sino que como anticipo del día último es un signo de los tiempos futuros.

Esto exige de los cristianos que penetren en las exigencias del misterio pascual que encierra el domingo. Los antiguos valores del sábado, como son la liberación de la esclavitud, la fidelidad a una alianza, el descanso confiado en Dios y la reunión de la asamblea santa llegan a tener en el domingo una resonancia particular.

Sobre todo la asamblea eucarística, acto esencial del domingo, es indispensable no sólo a cada individuo sino a toda la comunidad. La historia del cristianismo es una historia del domingo. Cuando las sombras de lo accesorio cubren la luz del día del Señor, porque los pastores se preocupan primordialmente del descanso o simplemente del cumplimiento y no de la celebración, entonces decae el domingo y desciende el nivel pastoral. Con el movimiento litúrgico de nuestros días, comenzado a principios de este siglo, vuelve de nuevo a plena luz el ciclo señorial, manifiestamente reflejado en la constitución conciliar.

El domingo es uno de los elementos más importantes de la tradición de la Iglesia, transmitidos de generación en generación. San Agustín habla del «sacramentum sabbati» [30]. «Sacramento de la resurrección, afirma Congar, el domingo es la memoria y la presencia activa de la resurrección del Señor. Es la comunión con el Señor resucitado» [31]. Santo Tomás, siguiendo a los Padres, resume su pensamiento en pocas y densas líneas:

«Sabbatum, quod significabat primam creationem, mutatur in diem dominicum in quo commemoratur nova creatura inchoata in resurrectione Christi» [32].

Si la vida del cristiano consiste con comulgar con el Cuerpo glorioso de Cristo, es decir, con las exigencias de su muerte y resurrección, el domingo ofrece precisamente la posibilidad completa temporal de dicha comunión.

El himno de los Laudes dominicales empieza así:

«En este día primero, en que la Trinidad augusta creó el mundo o en que el Creador, con su resurrección, nos libera, venciendo la muerte».

---

30. S. AGUSTIN, *In Joann. Ev.*, tract. XX, n. 2; PL 35, 1556.
31. Y. M. CONGAR, *La théologie du dimanche*, en *Le Jour du Seigneur*, Paris 1948, pp. 149-150.
32. *Sum. theol.*, I-II, q. 103, a. III, ad 4.

Aquí se nos dan los dos grandes motivos que hacen del domingo una fiesta primordial: el día del Señor es el de la primera creación y el día de la resurrección, que es la segunda y definitiva creación.

b) *"El domingo es el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico"*. El domingo es para la semana lo que la Pascua de Resurrección es para todo el año, es decir, la cumbre de todo el ciclo. Históricamente el domingo es anterior a la fiesta de Pascua; es en realidad el fundamento de todo el año litúrgico. Constituye la primera forma de la repetición periódica del misterio pascual. Es el domingo una «perennitas» que se prolonga «per annum» con el ritmo hebdomadario [33].

El Año Litúrgico, que es el conjunto de las celebraciones dominicales de todo el año, se apoya en el día del Señor. Fundamentalmente el «circulus anni» de los antiguos, para quienes no había ni comienzo ni final, sino un centro, el Pascual, tiene dos grandes fases que reproducen las dos fases del Señor:

«Salí del Padre y vine al mundo (ciclo navideño); de nuevo dejo al mundo y me voy al Padre» (ciclo pascual) (Jn. 16, 28).

El primer ciclo, el de la manifestación del Señor, no es sino una preparación del segundo ciclo pascual, cuyo cénit lo marca el domingo siguiente al plenilunio de primavera, en el que se celebra, con una intensidad especial, la resurrección del Salvador.

Al desarrollarse el año litúrgico, desde su base dominical semanal, las lecciones bíblicas de la asamblea eucarística fueron ordenadas según las exigencias del ciclo pascual. Tanto la preparación de la Pascua, con la Cuaresma y Septuagésima, como su proyección con la cincuentena pascual, se basan en eucaristías dominicales, cuyas lecturas narran los hechos de la historia de salvación según un desarrollo gradual. Junto al domingo de los domingos o dominica pascual existió pronto el domingo de Pentecostés, cuya solemnidad es hoy igual a la del día por excelencia pascual.

El segundo ciclo, cuyo centro está formado por las fiestas de Navidad y Epifanía, nació por influjo de la conmemoración de los mártires. En la cúspide de estas listas de mártires se puso el día del nacimiento de Cristo. Se fijó, no en un domingo, ya que la conmemoración no era pascual, sino en el 25 de diciembre, día del «sol invictus». Aunque la tercera

---

33. Cf. J. HILD, *La Mystique du dimanche*, La Maison-Dieu 9 (1947) 7-37. Del mismo, *Dimanche et vie pascale, Thèmes bibliques et liturgiques présentés dans l'esprit des Pères de l'Eglise*, Turnhout 1949.

fiesta del año litúrgico, la Navidad, no cae en domingo, sin embargo es preparada por los domingos de Adviento.

Después han ido desarrollándose en el Año litúrgico fiestas marianas o de los santos fuera de los domingos; con todo, el día del Señor constituye el nervio central de todo el itinerario anual cristiano [34].

2. CONSECUENCIAS PASTORALES.

A) *En orden a los signos cultuales.*

«En este día, los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la Pasión, la Resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios que los "hizo renacer a la vida esperanza por la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos" (I Ped. 1, 3)» (núm. 106).

Las dos tareas esenciales del domingo que señala la Constitución son la enseñanza de la Palabra y la celebración de la Eucarist'a. Ambos elementos, ya lo vimos, son esenciales y nunca han faltado en la tradición.

a) *La liturgia de la Palabra de Dios.* Una de las tareas más importantes de la Pastoral actual, si no es la primera, es la del ministerio de la Palabra. Lógica, psicológica y temporalmente precede al culto. La Palabra de Dios, bajo cuya eficacia Yavé hizo la primera creación, tiene que ser pronunciada de nuevo para que se realice la segunda creación. La Palabra funda y desarrolla una comunidad. Es un acto de Dios, que se revela históricamente, se contiene en las Escrituras y es tradicionalmente entregado por el ministerio profético del pueblo cristiano, es decir, por el servicio de la Jerarquía y de los seglares.

Dos son los lugares especiales en donde la Palabra de Dios debe ser transmitida con una mayor fidelidad: en la «cathedra» sacerdotal del templo respecto a la comunidad eucarística y en la «cathedra» doméstica en relación con la familia natural. Y aunque todos los días son buenos para transmitir la Palabra, especialmente fecundo es el domingo, ya que es día de comunidad cultual.

Los apóstoles, como Pablo o Santiago, frecuentaron las asambleas sabáticas judías y allí expusieron su testimonio, basados en la lectura tradicional de los profetas (Act. 13, 27) o de Moisés (Act. 15, 21). San Pablo predicó tres sábados en Antioquía de Pisidia (Act. 13, 14, 42, 44), uno en Filipo (Act. 16, 13 ss.), tres en Tesalónica (Act. 17, 2), varios en Corintio (Act. 18, 4), etc. Pero donde Pablo ejerció con más plenitud su ministerio

---

34. Cf. C. FLORISTAN, *El Año Litúrgico*, Barcelona 1962, especialmente pp. 14-35. J. PASCHER, *Das liturgische Jahr*, München 1963.

profético fue en las reuniones cristianas de los domingos (Act. 16, 40; 20, 7; I Cor. 11, 20, etc.).

b) *La celebración eucarística dominical.* La Eucaristía es el memorial del misterio pascual y de todos los acontecimientos de la historia de salvación. Celebrar el domingo es tomar parte activa en la asamblea dominical; es liberarnos de las ataduras de todos los trabajos trabajosos para obtener un verdadero descanso espiritual; es unir nuestros corazones con los de los hermanos para manifestar, en la comunidad, un signo de la asamblea celestial. Así lo expresa San Juan Crisóstomo:

«Este banquete es, en verdad, un banquete de unión fraternal, porque todos participan del mismo Señor. Abstenerse de este banquete es separarse del mismo Señor; el banquete dominical es aquél que tomamos en común con el Señor y con los hermanos» [35].

La sinaxis dominical es el mejor anticipo del banquete del Reino de los cielos, ya que el domingo es un signo del eón futuro. Esto es lo que realizó la comunidad cristiana primitiva, según nos lo narra San Justino:

«El día que se llama del sol se celebra una reunión de todos los que moran en las ciudades o en los campos; allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, los *Recuerdos de los Apóstoles* o los escritos de los profetas. Luego, cuando el lector termina, el presidente, de palabra, hace una exhortación e invitación a que imitemos estos bellos ejemplos. Seguidamente nos levantamos todos a una y elevamos nuestras preces, y éstas terminadas, como ya dijimos, se ofrece pan y vino y agua, y el presidente, según sus fuerzas, hace igualmente subir a Dios sus preces y acciones de gracias y todo el pueblo exclama diciendo: Amén» [36].

El objetivo final de la asamblea dominical es dar gracias a Dios por las maravillas que ha obrado, recordando especialmente —Unde et memores— los misterios pascuales del Señor [37].

B) *En orden a los signos caritativos.*

a) *"Que sea también (el domingo) día de alegría".* — La alegría cristiana tiene su origen en la revelación de Dios Creador y Salvador. Su manifestación más abundante ha de ser en domingo, ya que es el día primero de la creación y de la redención.

---

35. S. JUAN CRISOSTOMO, *In Ep. ad Cor.*, hom. 27; PG 61, 227 ss.
36. S. JUSTINO, *Apologia* I, 67, 3-5. Vers. Ruiz Bueno, p. 258.
37. Cf. C. CALLEVAERT, *La synaxe eucharistique à Jerusalem, berceau du dumanche,* Ephem. Theol. Lov. 15 (1938) 34-73 o en Sacris Erudiri 29 (1940) 263-303; H. CHIRAT, *Le dimanche dans l'antiquité chrétienne,* en *Etudes de Pastorale Liturgique,* Paris 1944, pp. 127-149.

La vida natural debe ser para el cristiano una fuente de sana alegría, sobre todo debe provocar alegría la asamblea cultual comunitaria, la reunión familiar y la fidelidad personal.

El anuncio del nacimiento del Salvador, que es la Buena Nueva, fue de gran alegría para María, para los ángeles, para el pueblo. La predicación de esta Buena Nueva, que hoy se realiza en nosotros fundamentalmente en domingo, fue y debe ser fuente de gran alegría. Es la alegría un fruto del Espíritu (Gal. 5, 22) y una nota característica del Reino de Dios (Rom. 14, 17).

La Carta a Bernabé dice: «Celebramos el día octavo con alegría, por ser día en que Jesús resucitó de entre los muertos y, después de manifestado, subió a los cielos» [38]. Y la *Didascalia de los Apóstoles* advierte de este modo: «El día del domingo estad todos alegres, porque el que se aflige en domingo comete pecado» [39].

La verdadera alegría, característica del domingo cristiano, procede de conocer a Dios. Es un fruto de la caridad. Quien posee a Dios, que es Amor, posee la alegría. Pero la alegría no se manifiesta de una forma plena más que en común; de ahí la alegría de la comunidad dominical. Alegría de la tentación vencida, de la caridad manifestada y de la identificación con Cristo muerto y resucitado.

La jornada dominical cristiana debe ser una manifestación de alegría en todos los ambientes, tanto se trate de la reunión familiar en torno a la mesa, como de la visita vespertina dominical de unas familias con otras, de unos amigos con otros. Todos los actos dominicales, individuales, familiares y sociales, deben ser un signo de la resurrección de Cristo [40].

b) *El domingo debe ser un día "de liberación del trabajo"*. — El domingo es el cumplimiento de todas las virtualidades que poseía el sábado judío. Ahora bien, el descanso sabático, figura del descanso de Dios, era esencial a este santo día judío. ¿No pertenece el descanso a la esencia del domingo cristiano?

El descanso de Dios, imitado por el hombre, no es un descanso físico ni es una suspensión de toda su actividad creadora; es un descanso soberano, una plenitud de vida y de bienaventuranza. Por eso mismo, el hombre no descansa simplemente en relación al mundo físico y terrestre, sino que al descansar imita la vida de Dios.

---

38. *Carta de Bernabé*, 15, 9.
39. *Didascalia*, 21. Texto en Ph. Rouillard, o. c., p. 52.
40. J. Leclercq, *Jours d'ivresse*, en *Le huitième jour*, Cahiers de la vie spirituelle, Paris 1947, pp. 574-591; Lewy, *Sobria ebrietas*, Giessen 1929.

San Agustín entiende el descanso de este modo:

«La séptima edad será nuestro sábado, cuyo fin no será la tarde sino el día dominical como un día octavo, consagrado por la resurrección de Cristo, que prefigura un descanso eterno, no sólo del espíritu, sino también del cuerpo. Allí descansaremos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y alabaremos. ¡Pronto llega el fin sin fin!» [41].

Los cristianos viven durante seis días, con su trabajo, en el mundo de la primera creación. Este trabajo no tiene un valor absoluto; además, y debido a la entrada del pecado en el mundo, es un trabajo trabajoso. Pero no se puede llegar al trabajo liberador del domingo, que es el trabajo cultual, es decir, a la liturgia, si no imitamos a Dios en el pleno ejercicio de su actividad creadora.

El reposo dominical tampoco tiene un valor absoluto en sí, sino que sirve para despreocuparnos del trabajo humano y poder participar en el trabajo de Dios, mediante el ejercicio cultual de los poderes mesiánicos dominicales [42].

41. S. AGUSTIN, *De Civ. Dei*, XXII, 30, 5; PL 41, 804.

42. Cf. C. FLORISTAN, *El trabajo y el culto*, Salmanticensis 10 (1963) 311-323; H. HUBER, *Geist und Buchstabe der Sonntagsruhe*, Salzburg 1957; L. VEREECKE, *Repos du dimanche et oeuvres serviles*, Lumiere et Vie 58 (1962) 50-74; M. MICHAUD, *Les oeuvres serviles*, en *Le Jour du Seigneur*, Paris 1947, pp. 199-240; *El Día del Señor*, Madrid 1962 (Colección Kerigma, n. 1) (con buena bibliografía); P. LOUIS, *Der Christ und sein Sonntag*, Würzburg 1950; R. GUARDINI, *El Domingo ayer, hoy y siempre*, Madrid 1960; *Der Tag des Herrn, Die Heiligung des Sonntags im Wandel der Zeit*, Viena 1958.